

tomos, ostenta en su quinta edición un largo prefacio con la aprobación oficial de Monseigneur Deschamps, entonces arzobispo de Malinas. Estas profecías, a que el pueblo daba absoluta fe, causaron grandes sufrimientos y contribuyeron al desastre de las armas francesas.

Millares de profetas han pronosticado el fin del mundo, el milenario, basando sus predicciones en las palabras de la *Biblia*. Se ha dicho que terremotos, guerras, epidemias, en fin, todas las grandes calamidades, eran signos evidentes de que la crisis se aproximaba. Tales profecías han aumentado en número y en frecuencia desde la terminación de la guerra mundial.

La mayor parte de nuestros profetas modernos no son sino el duplicado de los que florecieron siglos atrás; a decir verdad, los profetas del día son apenas aficionados, si se les compara con los astrólogos de otras épocas, que constituían las verdaderas potencias detrás de los tronos. Hace tres siglos, un hábil astrólogo era tan esencial al gobierno como un primer mi-